

Reunión de la CEG. Buenos Aires, 31 de mayo de 2024

Coloquio internacional de Convergencia:

Amor, odio e ignorancia.

La incitación a las pasiones no es novedad en la política. La modernidad no explica su movimiento civilizatorio hacia el progreso sin la invocación a las pasiones (el amor al progreso, por ejemplo, tiene más de un capítulo épico en su narrativa fundacional y de destino). Sin embargo, la sujeción de las pasiones a la ley determina el progreso individual y colectivo según las instituciones republicanas y liberales, organizadas en tensión y conflicto permanente entre el ideal de la democracia como gobierno entre iguales con la sujeción al trabajo y al consumo entre desiguales.

Este conflicto crónico entre el ser iguales en el ideal (como ciudadanos) pero desiguales respecto a lo real de la economía política, es un malestar DE la cultura, y se apoya en la eficacia del significante para hacer síntoma en lo real. Y ahí está el sujeto.

El punto real en la polis es el sujeto. Nominado como tal incluso antes de su sexuación.

Con ese sujeto ponemos en juego el deseo del analista, en estos tiempos de escandalosa incitación a las pasiones tristes que promueven el odio, el resentimiento, el particularismo reivindicativo, el fatalismo nihilista, o el aislamiento voluntario, propio del individualismo de masas (todos haciendo lo mismo en sus plataformas de exhibición y exposición, pero aislados). Técnicas de segregación -cuando no de autosegregación- que leemos como operaciones de un semblante del Otro no barrado, tal como se impone gozosamente en la era digital, promoviendo un individuo tirano que opera desde la potencia imaginaria del que *todo lo puede ver y todo lo puede decir sin límite ni censura*. O peor aún, sin el otro real que pueda responder.

Quizás lo más inquietante de la actual fusión de la ciencia y del mercado a favor de la segregación (tal como lo anunciara Lacan en la proposición del 9 de octubre de 1967), sea el borramiento tendencioso del otro diferente (sea por sus elecciones sexuales, políticas, deportivas, religiosas, o de clase y origen). Esto signa y determina una parte importante de modalidades de demanda de análisis en las que la eviración del deseo se presenta como neurosis de angustia capturadas por la repetición del destino

padecido como espectáculo ajeno. El temor al otro como afecto que comanda al sujeto es el corolario necesario del aislamiento escópico-digital que nos atraviesa desde el campo del Otro.

Anudado al temor al otro, operan insidiosamente los discursos que promueven la pasión por la ignorancia. Un sintagma lo resume: la post verdad. ¿Qué la diferencia de la mentira usada con fines ancestrales? ¿Qué de esta nueva versión de la mentira y la calumnia pone en cuestión a la noción de la verdad misma? Quizás la diferencia de las fake news y de los trolls de falacias y hechos inventados con la tradicional mentira cortando la res-pública, no sea sólo la cuantiosa masividad y simultaneidad de la distribución de las mentiras por internet (tal como lo recuerda el cuento tradicional en el que la calumnia es como desplumar una gallina al viento), sino el uso político de lo imposible de la verdad como adecuación de la palabra a la cosa, sea esta cosa singular o pública. La post verdad se sustenta en la ambigüedad propia de la verdad, cuando se la pretende establecer en el terreno de los hechos relatados -en modo político, periodístico o judicial.

El sujeto y su verdad se ve amenazado como enunciado del síntoma en una época en la que el hábito público de la post verdad lo satura de incertidumbre y sinsentido. O, dicho de otro modo, si del mundo llegan puras falsedades, ¿qué lugar puede tener allí un sujeto? Dramática del nativo de la era digital, en tanto que adolece de la ilusión científica de la objetividad, y todo se vuelve objetalidad (principalmente escópica). Esto implica necesariamente reconocer que la redición del Edipo en la adolescencia en la era digital trae consigo también un re-inicio del estadio del espejo, sobre todo respecto al lugar del ojo en el *umwelt*, en el ambiente, en el mundo escindido entre el mundo de la pantalla (del espejo ‘inteligente’) y la rudeza de la otra realidad.

Pero el psicoanálisis es revolucionario en tanto su acto incluye lo poético y bajo el sustento ético de lo Real, haciendo surgir, una dimensión ética profunda permitiendo aliviar o hacer desaparecer el padecimiento. Es una ética orientada al nivel subjetivo de una responsabilidad implicada en el propio sufrimiento. Implicarse en relación con los propios síntomas hasta el extremo máximo, es lo que caracteriza a un análisis. El campo del goce que se deriva de allí determinará la finalidad de cada cura: es un

tratamiento del goce y de la ética que supone tomarlo a su cargo en lo singular y lo social.

Lo poético es que el sujeto es esencialmente un hablante ser. Por eso escuchar forma parte de la palabra. La resonancia de la palabra es algo constitucional, propuso Lacan. A partir de que alguien entra en análisis prueba de que ese sujeto siempre ha escuchado. El sujeto con su síntoma porta un goce inscripto singularmente en su discurso, síntoma que podrá hacer lazo social, o por lo contrario podrá obstaculizarle para establecer ese lazo.

Hay una ética de lo real en un análisis, así como en la transmisión posible del psicoanálisis en la que intervienen Real, Simbólico e Imaginario. No es matemáticas, ni medicina, ya que el saber hacer ahí, *savoir y faire*, concierne más a un artesano que a un científico. Transmitir en psicoanálisis está determinado por una división que produce un resto irreducible que pone en la causa a la *langue*, por vía de la metáfora y en el pasaje del sentido a un no sentido. Es la poiesis articulada a la interpretación. Es leer la poesía que socava la noción clásica del verso, destruye la sintaxis, fragmenta la frase y puede disponer visualmente el lenguaje de otra manera (*autrement*) en el espacio de lo escrito en cualquiera de las formaciones del inconsciente.

La puesta en práctica de la regla fundamental es un estallido de la continuidad del discurso que produce una naturaleza interrumpida que se revela sin funciones normativas, las palabras se encuentran gravitando solitarias y terribles con el enorme peso de su densidad semántica. Es una desarticulación del lenguaje, en que se distorsionan, multiplican y complejizan los significantes hasta llegar a cierto hermetismo. Se pierden los vínculos lógicos entre las palabras, las cuales condensan una diversidad de sentidos latentes y se disponen a veces en un sueño, ideográficamente espaciándose en distintas direcciones, donde las mayúsculas aparecen en medio de la frase o de la palabra. A su vez la ortografía se vuelve idiosincrática, los neologismos y el registro coloquial aparecen en contextos inesperados para imprimirlle la singularidad idiomática a la poética de cada inconsciente. Operar en el espacio que habita el sentido, para romper sus sujetaciones y que el sujeto, en el encuentro con lo real, produzca lo nuevo.

Lo político del acto analítico es que, en cada análisis se trata de lo contingente. Podemos distinguir aquellas proposiciones que son siempre verdaderas llamadas necesarias, de aquellas que pueden ser a veces verdaderas y a veces no verdaderas, a las que llamamos contingentes. Para el psicoanálisis la contingencia está pensada de manera positiva, ya que es la ausencia de necesidad, mientras que, para los filósofos, la contingencia es vista negativamente. La contingencia quiere decir no ser tomado completamente por el orden de necesidad.

Los factores contingentes en la transferencia producen un desvío de la necesidad. El analizante tiene una iniciativa de creación en la dirección de su deseo y el analista asume el riesgo de dejar introducir la repetición. La responsabilidad ética por la transferencia es el punto crucial. La vida pulsional puede de este modo ser reorganizada, a partir de la movilización, la elección y la creación de factores contingentes. En el análisis, esta dimensión de lo contingente, a su vez, permite un efecto aprés-coup sobre el mito individual del sujeto, recortando cada vez más el espacio de lo aparentemente necesario, y permitiendo que el sujeto se implique desde otra posición en la historia que crea al contarla y reescribe al interrogarla.

La práctica del psicoanálisis es una posibilidad de reflexión sobre la contingencia y la responsabilidad. Es ético tomar la relación transferencial como escenario de la observación de lo contingente, de la especificidad de las relaciones del sujeto con su goce, como fruto de aquel primer encuentro del cuerpo con el significante fálico que tuvo por resultado un cuerpo sexuado al encuentro con otro ser sexuado.

Un análisis lleva a una extenuación de ciertos goces haciendo posible que en el analizante surja y se ponga en acción la función deseo del analista. Lo ético es que hay una responsabilidad inconsciente compartida entre estos dos lugares de la transferencia, una transposición de las dificultades de la vida amorosa en el espacio de cada cura.

Comisión de Enlace de la Escuela freudiana de Montevideo:

Enrique Rattín

Javier Montiel

Octavio Carrasco